



Nayelli Castro, *Hacerse de palabras. Traducción y filosofía en México (1940-1970)*, col. T de Traducción, vol. 5, Ciudad de México, Bonilla Artigas Editores, 2018, 253 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/her.22.2020.543-546>

Deseo recomendar la *lectura*, en su doble sentido físico e intelectual, de este volumen en torno a las complejas relaciones entre la antigua filosofía occidental y la contemporánea reflexión sobre la traducción, y me permitiré hacerlo comenzando no por el principio, ni tampoco *in media res*, sino por el final, a saber: les animo a que «lean con sus propios ojos» e «interpreten desde su interior» el paratexto que cierra este completo volumen, denominado él mismo: «Anexo. Índice de traducciones de filosofía (México, 1940-1970)» (pp. 215-253). En susodicho anexo está el origen de todo este estudio, *Hacerse de palabras...: un completo listado bibliográfico de volúmenes traducidos de filosofía publicados en México entre 1940 y 1970*. Como se indica en la admirable nota al pie número 87, situada en la primera página 215 del anexo, no fue tarea fácil. Más bien, fueron necesarias muchas horas de paciente búsqueda de traducciones por catálogos impresos y digitales, fondos editoriales, anales, anuarios, boletines o bases de datos y otras herramientas mexicanas, con la guía segura de tres palabras clave: «filosofía», «México» y «1940-1970». La riqueza de este esfuerzo en pro de la absorción de la filosofía universal llevado a cabo en la nación mexicana, desde luego, asombra. Gracias a esta labor traductora colectiva, de centenares de ejemplos (todo un catálogo), la lengua española no hizo otra cosa que mejorar y refinarse conceptualmente al reforzar su discurso filosófico, en este lugar, México, y tiempo, 1940-70, tan intensos. Aquello de que algunas lenguas, a diferencia del griego (la madre de todas las expertas en jergas filosóficas) o el alemán, entre las contemporáneas, no son tan adecuadas para la reflexión acerca del saber y de la sabiduría, como también se dijera del latín, entre las pretéritas, o del español, entre las modernas, tal vez haya que ponerlo definitivamente en duda. Solo fue cuestión de ponerse a ello, es decir, *hacerse de palabras*. Al español se vertió (tradujo) entonces buena parte de la terminología y de los mundos conceptuales de cuantos filósofos y escuelas de pensamiento en la historia (de la Filosofía) ha habido, desde variedad de lenguas originales y desde los mismos griegos a los pensadores de mayor actualidad; eso sí, solo hasta la fecha límite de 1970.

El primer gran mérito de la autora del volumen que nos ocupa, Nayelli Castro, es haber sido capaz de identificar la existencia de tal tesoro de historia de la traducción, no haberse desanimado a la hora de rastrearlo y juntarlo y, con ello, conseguir el reconocimiento debido hacia el mismo, al tiempo que convertía el asunto en la materia fundamental de su tesis doctoral, el texto más elevado y propio del camino que desemboca en la madurez investigadora. Este libro procede una tesis de estudios de tercer ciclo defendida en la Universidad de Ottawa, Canadá, en 2012, perfectamente metamorfoseada en libro erudito sobre filosofía y traducción.

Como todo buen libro que se precie de serlo, en consecuencia, se compone este también de una serie de apartados de casi obligada presencia. En este caso, los siguientes: «Introducción» (pp. 11-19); capítulos, en concreto cuatro: «I. La filosofía traducida o el ritual de la autenticidad» (pp. 21-36), «II. Traductores en escena y tras bastidores» (pp. 37-56), «III. Hacerse de palabras» (pp. 57-91) y «IV. La vocación enunciativa en los márgenes de la filosofía traducida» (pp. 93-169); algún tipo de cierre, «Epílogo» (pp. 171-196); y la debida «Bibliografía» (pp. 197-213).

La primera parte de la «Introducción» (pp. 11-16) posee el acierto de ganar lectores entre todos aquellos que se acerquen al volumen, pero que no estén demasiado familiarizados con la Traductología o los Estudios de Traducción contemporáneos. Estos amigos de la filosofía o de las humanidades podrán descubrir, en un estilo conciso y claro, que la anciana traducción, en realidad, ha llegado a ser una disciplina universitaria muy recientemente y que experimentó un decisivo giro culturalista en la década de los noventa del siglo pasado; que esta, más que una disciplina, es una interdisciplina que se sustenta en pilares como la lingüística, la teoría literaria o, por supuesto, la filosofía. Que estudiosos muy reconocidos, como Anthony Pym, han defendido que ha existido una relación asimétrica entre ambas, la filosofía y la traducción, y cómo algunos investigadores se impusieron la tarea, en su momento, de tratar de dar fin a dicha situación. Se nos persuade de que la filosofía no mostró verdadero interés por la traducción hasta el siglo XX, con Walter Benjamin y su *La tarea del traductor* (1923). También de que la traducción tampoco había mostrado hasta muy recientemente interés en analizar la solidez filosófica de buena parte de sus conceptos básicos: primacía del original, sentido único, esencia del texto, o interpretación verdadera y fiel. Y también que la traducción puede concebirse en un sentido amplio que incluya otras formas de producción textual fronterizas.

Y se nos resuelve, igualmente, el punto más oscuro de la ecuación: la razones detrás de los límites temporales de la búsqueda. 1940, por tres factores: a) florecimiento de la industria editorial mexicana; b) la inmigración de intelectuales españoles tras la caída de la II República en 1939; y c) la fundación de instituciones culturales decisivas para el estudio de la filosofía en la nación azteca. Y, por el otro lado, 1970, por el cambio de época de las relaciones entre el Estado mexicano y los intelectuales que supuso la masacre de los estudiantes en 1968, el fallecimiento del filósofo exiliado español José Gaos (1941-1969) y la fundación de la revista *Crítica: Revista Hispanoamericana de Filosofía* (1967-) que marcó todo un cambio de tendencias.

Respecto a los cuatro capítulos, sus intrigantes títulos animan sin duda a leerlos, pero no desvelan el contenido de estos. Aquí seguiré esta estrategia, salvo unas breves pinceladas que inciten la curiosidad de los lectores. El primero se ocupa de la intensa práctica de la traducción, así como la reflexión sobre la misma, en el ámbito mexicano durante la primera mitad del siglo XX. El mítico grupo Hiperión o el debate sobre el problema de la autenticidad protagonizan estas páginas. El segundo, de clara impronta biográfica, gira en torno a las figuras de cuatro grandes filósofos-traductores: José Gaos, Eugenio Ímaz, Wenceslao Roces y Adolfo Sánchez Vázquez. Es sus vidas y obras, a veces, la traducción ocupa el centro del escenario, pero, a veces, se agazapa entre bastidores, tras la obra intelectual propia. Además, ya muy claramente, se traduce tanto para enseñar filosofía como para alimentar la reflexión propia. El tercer capítulo se concentra en analizar con detalle la manera en que las traducciones filosóficas se convierten en el medio favorito para la importación de ideas, el surgimiento de polémicas intelectuales y la construcción de un discurso mexicano en el campo de la filosofía. En otras palabras, apropiarse, hacerse, de palabras ajenas. Finalmente, el cuarto y último de ellos, se adentra en el mundo de la intervención paratextual de traductores y editores, normalmente marginal, en los textos traducidos propiedad de sus autores.

Por supuesto, la lógica anima al lector a leerlos en orden de aparición, pero creo también que se pueden leer de manera independiente ya que resulta lícito considerarlos ensayos completos en sí mismos con unidad y temática propia.

Después de los capítulos, la autora añade, como ya hemos indicado, un epílogo en el cual se reflexiona y se contribuye al debate de la conflictiva relación del español, la lengua, con la filosofía, asunto ya mencionado en esta reseña. Lo que no cabe duda es que este apartado se abre al ámbito

hispanico en su conjunto, sobre todo el peninsular. Esta realidad me anima a pedir a la autora a prolongar y completar el esfuerzo y liderar un gran proyecto de traducción y filosofía que abarque el mundo iberoamericano en su totalidad.

Con todas estas reflexiones podemos concluir que contamos con un libro muy recomendable, erudito, buen promotor de la traducción y las humanidades, interdisciplinar, muy trabajado y bien escrito, con toques incluso literarios. Se recomienda absorberlo despacio, pero, sobre todo, que lo convirtamos un volumen cercano al cual regresar en repetidas ocasiones.

La edición también se puede calificar de mucha calidad. Debemos, en un futuro, prestar gran atención a esta colección T de Traducción de Bonilla Artigas Editores, dentro de la cual *Hacerse de palabras* es el quinto volumen.

JUAN MIGUEL ZARANDONA FERNÁNDEZ
Universidad de Valladolid
juanmiguel.zarandona@uva.es